

Ni sueño ni pesadilla: diversidad y paradojas en el proceso migratorio¹

Martha Cecilia Ruiz*

Las generalizaciones, el drama y la tragedia caracterizan los discursos sobre la reciente migración de ecuatorianos y ecuatorianas hacia el exterior. Basta revisar las imágenes y los titulares que han aparecido junto a la gran cantidad de noticias y reportajes de radio, prensa y televisión sobre este tema, que generalmente empiezan y terminan con rostros de mujeres sufrientes y llorosas. Aunque parecería que se ha dicho mucho sobre la nueva ola migratoria, en realidad existe muy poco análisis y una reducción de todas las causas y consecuencias de la migración a factores puramente numéricos y económicos: cuántos han salido, cuántos han regresado, cuánto ganan en el exterior, cuánto dinero envían al Ecuador.

Otra tendencia es reducir la migración a una serie de concepciones dicotómicas, que describen y encasillan las experiencias de hombres y mujeres emigrantes a un sueño o una pesadilla (un titular que se ha repetido en varios periódicos y revistas ecuatorianos), éxito o fracaso, total asimilación o total marginación. Reducciones maniqueas que no explican un fenómeno que es bastante complejo.

¹ Algunas de las ideas de este artículo fueron presentadas en el Simposio Internacional sobre la Emigración Latinoamericana, en Osaka, Japón, 11-13 de diciembre de 2001.

* Comunicadora y magister en Ciencias Sociales por la Universidad de Amsterdam.

El objetivo de este artículo es mostrar que las experiencias migratorias tienen *motivaciones y desenlaces diversos*. La nueva y masiva salida de ecuatorianos/as hacia el exterior involucra a un grupo amplio y heterogéneo de la población: profesionales y gente con poca calificación, hombres y mujeres, mestizos/as e indígenas, emigrantes en situación regular y un grupo grande que vive y trabaja en calidad de “indocumentado”. Los diversos contextos sociales e individuales que rodean a cada una de estas personas determinan sus motivaciones para salir del país e influyen en su experiencia migratoria, que también está determinada por los contextos específicos de las naciones receptoras (sus políticas migratorias, oportunidades laborales en el mercado formal e informal, redes, etc.).

Mi interés radica también en evidenciar algunas de las *paradojas* que caracterizan a los procesos migratorios, un aspecto que está muy presente en los discursos, narraciones y testimonios personales de los y las migrantes.

Mi análisis toma como punto de partida las reflexiones de varias geógrafas feministas (Chant 1992; Momsen 1999; Lawson 1999, 2000; Halfacree y Boyle 1993), quienes intentan ampliar las aproximaciones teóricas y metodológicas al tema de la migración, y resaltan la necesidad de poner atención, tanto en el trabajo teórico como en el empírico, en la diversidad y las especificidades, para evitar así un análisis neutral que puede limitar nuestra comprensión de ciertos procesos sociales.

El acceso de los y las emigrantes a los mercados de trabajo, las redes sociales que mantienen y en general sus experiencias en los países receptores no son vivencias que todos y todas perciben por igual, sino que están marcadas (y diferenciadas) por especificidades de género, clase, etnicidad, origen nacional, nivel de educación o por el *status* migratorio de estas personas.

Estas investigadoras señalan que aproximarse al tema de la migración no únicamente desde los censos y los análisis estructurales, sino además desde las historias personales y los testimonios de hombres y mujeres migrantes ofrece la posibilidad de ampliar el debate teórico sobre este tema. De hecho, algunas autoras han propuesto un “enfoque biográfico” (Halfacree y Boyle, *Ibid.*) al tema de la migración, pues aseguran que los testimonios de los/as migrantes tienen un potencial teórico importante: por un lado, develan aspectos poco explorados, como son las contradicciones, la ambivalencia y paradojas que caracterizan a las experiencias migratorias; por otro lado, las narrativas, argumentaciones y las experiencias mismas de los/as migrantes cuestionan las concepciones dualistas

sobre este proceso (éxito/fracaso; asimilación/exclusión).

Voy a basar mi artículo en una investigación sobre los ecuatorianos y ecuatorianas que viven y trabajan en Amsterdam, Holanda, realizada entre abril del año 2000 y agosto de 2001, para la Universidad de Amsterdam. La investigación se concentró principalmente en la situación de las mujeres emigrantes y en ella utilicé básicamente métodos etnográficos. Los resultados de este trabajo, que expongo parcialmente en este artículo, recogen mi participación directa con el grupo de ecuatorianos/as en Amsterdam; mi experiencia de trabajo en una organización para migrantes hispanohablantes y, sobre todo, las historias de vida de 15 mujeres de entre 21 y 42 años, de diversos grupos étnicos.

El grupo que estudié está compuesto básicamente por migrantes con educación media (al menos secundaria completa). En Ecuador, la mayor parte de estas personas tenía trabajo y dependía de sueldos relativamente bajos, pero sobre todo inestables. Debido a su reciente llegada a Holanda (cuatro años como promedio), la mayoría de estas personas no ha logrado conseguir papeles de resi-



dencia ni de trabajo y, por ende, gran parte son “migrantes indocumentados/as”.²

Primero, voy a mostrar la diversidad que caracteriza a los procesos migratorios, me centro en el pequeño pero heterogéneo grupo de ecuatorianos y ecuatorianas que vive en Amsterdam, y que está compuesto por tres grupos principales: mujeres relativamente jóvenes y sobre todo mestizas; indígenas Kichwa-Otavalo, mayoritariamente varones, travestidos y transexuales originarios principalmente de la costa ecuatoriana. Luego voy a presentar algunas de las paradojas y ambivalencias que expresan los y las migrantes cuando juzgan su experiencia migratoria, cuando definen sus sentimientos de pertenencia o cuando intentan tomar decisiones sobre su vida futura.

Más allá de lo económico y la tragedia

Una revisión de los análisis y la información que se ha difundido en nuestro medio sobre el reciente proceso migratorio (básicamente en la prensa), produce la impresión de que los/as migrantes ecuatorianos de estratos populares y poca calificación han sido excluidos/as de la producción y el análisis teórico sobre este tema. Les “damos diciendo” lo que consideramos que es la migración y les “damos evaluando” sus experiencias en el exterior de acuerdo a parámetros que no son necesariamente los suyos.

Por un lado, se da por hecho que la migración es exclusivamente un movimiento forzado por las negativas condiciones económicas de los países de origen, una “expulsión” donde poco cuenta la iniciativa personal, la acción y negociación (*agency*) de los/as migrantes. Esta argumentación se asocia sobre todo a las mujeres consideradas, por mucho tiem-

po, únicamente como migrantes-acompañantes, es decir, como personas que se mueven de un país a otro sólo para seguir a sus esposos o padres o, en otros casos, por ser víctimas de la prostitución forzada.

No se puede negar que la migración internacional que hoy se vive en Ecuador tenga relación directa con la fuerte crisis económica y política, así como con la falta de oportunidades laborales y el acceso a salarios dignos. Si se revisan las estadísticas sobre la salida de ecuatorianos/as hacia el exterior, se podrá notar que las cifras suben justamente en aquellos años de recesión y conflicto.

A pesar de este contexto específico, no se puede afirmar que la migración sea una consecuencia de fenómenos exclusivamente económicos y la decisión racional y objetiva de los y las migrantes. En sus relatos, las mujeres ecuatorianas que entrevisté pusieron especial énfasis en las motivaciones personales que tuvieron para salir de Ecuador. Entre estas razones están la ruptura de matrimonios y relaciones de pareja, la necesidad de liberarse de padres o esposos autoritarios, el deseo de “conocer otros mundos” y la necesidad de reunirse con sus familiares que ya se encuentran en el exterior.

Uno de los aspectos que más se repitió en estos relatos fue la constante referencia que hicieron los tres grupos de migrantes ecuatorianos al “progreso” y el “desarrollo” como motivaciones para dejar su país de origen. Generalmente, estas nociones y anhelos tienen relación con las oportunidades, símbolos y valores asociados al “primer mundo”, y especialmente con la posibilidad de acceder a bienes materiales y aumentar la capacidad de consumo en general, lo que a su vez se convierte en una manera -quizás la única- para ascender socialmente, “superarse”, “salir adelante” y “ser alguien”, como expresaron durante las entrevistas.³

2 La migración regularizada y la migración “ilegal” no son necesariamente excluyentes, puesto que, como en el caso de Holanda, los emigrantes regularizados tienen familiares “indocumentados” y viceversa.

3 Algunos estudios sobre la migración interna en Ecuador (Radcliffe 1996; Lawson 2000) han mostrado cómo los discursos sobre la “modernidad” y el “progreso”, difundidos a través de la prensa, publicidad y planes de gobierno, influyen directamente en los flujos migratorios.



No es posible reducir el proceso y las experiencias de los migrantes a concepciones dicotómicas: oportunidad / dolor. Aunque enfrentan situaciones dolorosas, también se enriquecen con nuevas experiencias. La migración internacional integra momentos de inclusión y momentos de exclusión, al mismo tiempo

Por otro lado, se da por hecho que la migración es únicamente un proceso doloroso y trágico. Sin embargo, poco se ha explorado sobre el papel que juegan las redes sociales, no sólo al motivar a la gente a salir del país, en muchos casos a pesar de tener trabajo en Ecuador⁴, sino también en el hecho de reducir los costos sociales y económicos de este movimiento, al volverlo menos trágico de lo que se cree.

El aumento del número de migrantes ecuatorianos en Holanda (un país que, a diferencia de España, no tiene lazos históricos, económicos ni culturales con Ecuador), no obedece únicamente a los sueldos más altos en la región norte de la Unión Europea, sino, entre otras razones⁵, a la posibilidad que han tenido algunos ecuatorianos y ecuatorianas de recibir la ayuda de migrantes pioneros, quienes se asentaron en ciudades como Amsterdam a finales de los años 80 y principios de los 90, y hoy ofrecen casa, comida, compañía e información sobre empleos a nuevos migrantes.

⁴ La oficina de recepción de solicitudes de empleo en España, a cargo de la Cancillería, encontró que el 80% de las personas que tienen la intención de migrar tienen empleo (El Comercio, 11 de abril de 2002).

⁵ Amsterdam se convirtió, desde mediados de los 90, en el principal punto de entrada hacia España. Algunos de los que estaban “de paso” terminaron quedándose en Holanda.

⁶ Burgers y Engbersen (1996) explican que la migración irregular es el resultado de la paradójica combinación entre la creciente demanda de migrantes con poca o ninguna calificación y las políticas restrictivas en contra de ellos y ellas. La contradictoria situación de los “sin papeles” en Holanda se debe también a la flexible y ambigua “cultura holandesa” (ver Blankenburg y Bruinsman, 1994).

También es importante tomar en cuenta que la migración irregular está marcada, desde su origen mismo, por la paradoja.⁶ Por eso, aunque los migrantes indocumentados están formalmente excluidos del mercado laboral holandés y no tienen acceso a servicios sociales (sólo hay dos excepciones: atención médica de emergencia y educación para menores de 18 años), en la práctica son tolerados/as, encuentran trabajo en el sector informal y acceden a ciertos servicios a través de sus redes sociales, compuestas por familiares, amigos cercanos o por contactos con organizaciones que ayudan a los migrantes sin papeles.

Entonces, no es posible reducir el proceso y las experiencias de los y las migrantes a concepciones dicotómicas (oportunidad/dolor). Primero, no son seres pasivos que salen del país totalmente forzados por las duras condiciones económicas. Segundo, la migración internacional integra momentos de inclusión (oportunidades) y exclusión (restricciones) al mismo tiempo. Por eso, aunque los/as migrantes enfrentan situaciones dolorosas, también se enriquecen con nuevas experiencias.

Historias diversas, desenlaces diversos

Según las estadísticas oficiales, sólo hay unos mil ecuatorianos y ecuatorianas en Holanda (primera y segunda generación), y de este número, un poco menos de 300 están en Amsterdam. No obstante, como la mayor parte de los recién llegados son indocumentados/as, no constan en las estadísticas oficiales.

De acuerdo a estimaciones de varias organizaciones de ayuda a migrantes hispanohablantes, el número real de ecuatorianos y ecuatorianas que trabajan en Holanda podría ser de tres y, en el caso de Amsterdam, hasta cinco veces más grande (unas 1.200 personas).

Aunque el grupo de ecuatorianos/as que vive en Amsterdam es todavía muy pequeño, en su interior existe una diversidad bastante grande, lo que muchas veces complica la relación entre los miembros de este grupo, al crear una “comunidad fragmentada”. Hallé a través de mi investigación, que existen tres grupos principales de ecuatorianos/as en Amsterdam:

- Indígenas kichwa-otavalos, originarios de comunidades rurales de la provincia de Imbabura, y con una larga tradición de migración y comercio de artesanías fuera de Ecuador. Este grupo está compuesto por una mayoría de varones, aunque el número de mujeres indígenas y solteras está creciendo rápidamente.
- Mujeres mestizas, con un promedio de 30 años y generalmente con hijos (casadas, solteras o separadas), y provenientes de ciudades grandes de Ecuador, sobre todo de Quito, Guayaquil, Santo Domingo y Esmeraldas. La mayoría llegan a Europa solas y después traen a sus familiares.
- Travestidos y transexuales que vienen sobre todo de la costa ecuatoriana (Guayaquil y Machala), “huyendo”, como muchos afirman, de la discriminación y la exclusión que enfrentan en Ecuador, donde la homosexualidad, e indirectamente el travestismo, estaban penalizados hasta 1998. Hay que recordar que Holanda es uno de los países con mayores derechos para homosexuales y lesbianas.

La diversidad étnica, de género o por orientación sexual define las razones para migrar, las oportunidades de trabajo, los sueldos y, en general, la situación de las y los migrantes en Amsterdam. Los tres grupos coinciden en que su inserción en el mercado laboral holandés

se da exclusivamente en el sector informal. Pero, mientras los indígenas viajan a Europa para comercializar sus artesanías y para hacer música en las calles, las mujeres mestizas se dedican básicamente a limpiar casas; y el tercer grupo, el de los travestidos y transexuales, trabaja principalmente en la prostitución⁷. También los sueldos y la suerte que han tenido en la ciudad estos tres grupos son diversos. Según directivos de algunas organizaciones para migrantes hispanohablantes, los travestidos y los indígenas han tenido bastante suerte en Holanda.

Hasta 1996, cuando existían menos controles en la famosa “zona rosa” de Amsterdam, los travestidos y transexuales ecuatorianos hicieron mucho dinero a través del trabajo sexual. Tan bueno era el negocio que varios ecuatorianos y ecuatorianas llegaron a la zona exclusivamente para atender a los travestidos, sobre todo en la preparación de comida; de esta manera, muchos/as recién llegados/as consiguieron trabajo. No obstante, cuando los controles policiales se incrementaron, un gran número de migrantes indocumentados fue deportado. Sin embargo, unos cuantos travestidos y transexuales, los que llegaron antes de que las leyes endurecieran, consiguieron permisos de residencia y trabajo. Hoy, este grupo tiene poco contacto con el resto de la “comunidad ecuatoriana”, que los excluye constantemente.

El caso indígena es también particular. Aunque gran parte de los recién llegados no tiene papeles, existe un grupo radicado en la ciudad, documentado y en goce de todos los derechos que ello implica.⁸ Esta situación legal les otorga ciertas ventajas sobre la mayor parte de los mestizos/as. Así por ejemplo, las

7 Las redes sociales influyen en la concentración de cierto grupos de migrantes en ciertas áreas del mercado laboral.

8 En 1992, un avión cayó sobre un barrio de migrantes, en Amsterdam. Como una forma de compensación y debido a que muchas de las personas afectadas eran migrantes indocumentados/as, el Gobierno holandés decidió entregar permisos de residencia y trabajo a estas personas. Así, 18 ecuatorianos regularizaron su *status* migratorio; 16 eran indígenas.



familias indígenas que tienen una vivienda estable arriendan cuartos a mestizos y mestizas que acaban de llegar a la ciudad. Entonces, como dice Flor: “mientras en Ecuador los mestizos rechazan a los indios y nos tratan como apestados, aquí [Holanda] nos buscan y nos necesitan”. Esto significa que la experiencia migratoria ha hecho que mestizos e indígenas convivan bajo el mismo techo y que, en ciertos momentos y bajo ciertas circunstancias, las relaciones de poder entre estos dos grupos se den la vuelta en Holanda; aunque la distancia entre ellos no desaparece tan fácilmente.

Las especificidades de género deben también tomarse en cuenta, porque marcan y definen de manera concreta la experiencia de hombres y mujeres migrantes. Aunque algunos estudios han afirmado que las mujeres tienen desventajas y enfrentan más problemas que los varones cuando salen de sus países de origen, porque son acosadas sexualmente, forzadas a la prostitución, y, porque además, les pagan menos (Buijs 1996); lo que encontré durante mi trabajo de campo fue algo diferente.

Las mujeres ecuatorianas tienen más facilidad de encontrar un trabajo estable en Holanda, por las condiciones mismas del mercado en ese país. Por un lado, existe una alta demanda de trabajo doméstico (limpiar, cuidar

niños y ancianos), debida a una mayor inserción de las mujeres europeas en el mercado laboral y al creciente envejecimiento de la población en general (Anderson 1999: 117-131). Por otro lado, y como lo explican varios autores, existe una segmentación del mercado laboral en términos de género y “raza” (Momsen 1999; Chant 1992), y esto quiere decir que ciertos puestos de trabajo (los que requieren menos calificación, los más duros y menos pagados) se han convertido en “trabajos de migrantes”, y dentro de esos, el trabajo doméstico es considerado como un espacio de mujeres. Por esta y otras razones⁹, las mujeres de una familia son las primeras en migrar.

Una realidad paradójica y ambivalente

Aunque las oportunidades de trabajo y los sueldos más altos son aspectos importantes para valorar la estadía en Holanda, también la familia, las “raíces”, la vida social, la comida, la seguridad o el clima pueden ser factores que influyen en las percepciones que los mi-

⁹ El trabajo doméstico es más seguro para los/as indocumentados porque en este espacio no hay controles policiales, como sucede en el área de servicios o en la agricultura.

grantes tienen sobre su vida en Holanda. La combinación de estos factores, objetivos y subjetivos, determinan los sentimientos ambivalentes de estas personas, y marcan algunas paradojas del proceso migratorio.

En realidad, las percepciones personales que tienen los/as migrantes sobre su experiencia en el exterior varían de acuerdo a las situaciones que enfrentan. Las personas que no encuentran trabajo generalmente manifiestan su frustración sobre Holanda, pero si de repente consiguen trabajo, entonces sus percepciones cambian.

De igual manera influye el tiempo de estadía en el país receptor: quienes llevan poco tiempo en Holanda y han encontrado trabajo perciben una repentina sensación de progreso y ascenso social, debida a los sueldos más altos que en Ecuador, las posibilidades de consumo y el acceso a bienes materiales. Sin embargo, como bien señala Segura (en Chavira-Prado 1992: 57), esta percepción no es necesariamente real sino que puede ser una “movilidad social subjetiva”, porque los recién llegados tienden a comparar sus ingresos y su condición económica con sus iguales, es decir, con sus paisanos en Ecuador (que ganan mucho menos que ellos) o con otros migrantes en las mismas condiciones (otros indocumentados, por ejemplo), pero no con la gente holandesa. Con el tiempo, los migrantes empiezan a comparar su situación con los holandeses y con migrantes regularizados, y muchas veces se sienten en desventaja.

Algunos estudios como los de Patricia Pessar y Sheri Grasmuck (1991), sobre la migración internacional de dominicanos/as hacia Nueva York, muestran la compleja y paradójica realidad del proceso migratorio. Estas académicas encontraron que muchas dominicanas con una educación media y superior, que realizaban trabajos no calificados y mal remunerados definían su experiencia en Estados Unidos como altamente positiva. ¿Por qué?, porque existían otros factores que les hacían valorar su estadía en Nueva York, como el hecho de tener un trabajo remunerado, sentirse útiles e independientes económica-

mente. Por ésta y otras razones, más mujeres migrantes manifestaban su deseo de quedarse a vivir en Estados Unidos definitivamente, mientras los varones insistían en volver a República Dominicana, a recuperar ciertos privilegios que sentían perdidos.

De hecho, varias de las mujeres ecuatorianas que entrevisté consideran que el acceso al trabajo remunerado, su independencia económica y su aporte a la economía del hogar han incrementado su poder de decisión y negociación dentro de sus hogares y frente a sus parejas y maridos. Incluso, algunas de estas mujeres sienten que por primera vez tienen ciertos privilegios frente a los hombres, lo que les otorga un poder que nunca antes habían tenido. Las solteras dicen, en cambio, que por primera vez disfrutaban de la libertad, la independencia y de poder tomar decisiones por sí mismas. Para muchas de ellas, volver a Ecuador sería ceder todos estos logros y privilegios.

Pero es necesario aclarar que todos estos procesos y cambios no se dan en forma unidireccional. En algunas ocasiones, los niveles de violencia doméstica pueden aumentar por la frustración que enfrentan algunos hombres en Holanda: consiguen trabajo con mayor dificultad y se sienten cuestionados en su sentido de masculinidad, pues asumen roles que consideran “femeninos” (encargarse de cocinar y cuidar a los niños). Así mismo, para algunas mujeres, salir de Ecuador implicó perder la libertad de movimiento, como sucedió en el caso de algunas indígenas que entrevisté, quienes relataron que en Amsterdam sus parejas, hermanos y hasta cuñados empezaron a controlarlas, adujeron que en esos países “liberales” (como Holanda) “las mujeres se dañan”.

La experiencia de Flor (29) puede ilustrar esta compleja y cambiante realidad. Flor se dedicaba a la confección de artesanías en Ecuador, donde su situación económica era difícil e inestable. Aunque su esposo vivía en Holanda tres años, Flor no había pensado en migrar porque no quería separarse de su hija. Pero, las presiones constantes de su marido

hicieron que Flor tomara la decisión de dejar a su hija y viajar a Holanda hace tres años. Esta fue su primera impresión:

Cuando llegué acá [Holanda] todo me parecía tan feo, no me gustaba, ver a la gente que hablaba, no entendía nada, pasaba solo llorando. [...] Quería regresarme, pero pasó el tiempo y mi suegra me dijo que Ecuador está mal, más mal.

Durante dos años, Flor pasó la mayor parte del tiempo dentro de la casa, porque tenía dificultad para comunicarse y porque su cuñado controlaba sus movimientos. Después encontró un trabajo en un restaurante de comida rápida, a través de una conocida. Su trabajo consiste en limpiar los baños y cobrar a los clientes por el uso de este servicio. Flor trabaja 15 horas diarias y cuatro días a la semana. No tiene un sueldo fijo sino que recibe la mitad de lo que cada cliente paga (10 de los 20 centavos), por lo que sus ingresos son sumamente inestables: mientras en invierno puede ganar 30 o 35 dólares por día de trabajo, en verano puede recibir hasta 100 dólares diarios.

Lo paradójico radica en que pese a que Flor tiene una situación económica irregular en Holanda, no tiene papeles, no tiene una vivienda estable y duerme en la sala junto a tres ecuatorianos más, ella encuentra muchos aspectos positivos en su experiencia migratoria. “Ya me siento bien porque puedo salir, ya me siento libre”, dice. Además, y en esto Flor coincide con la mayor parte de ecuatorianos y ecuatorianas en Amsterdam, la inestabilidad salarial y la falta de seguridad social que enfrentan en Holanda no son aspectos nuevos en sus vidas sino que, al contrario, se trata de problemáticas que siempre experimentaron en Ecuador.

Entonces, ¿qué hace que Flor valore su experiencia en Holanda a pesar de las dificultades? Ella percibe que la gente holandesa le ha tratado bien y que en Holanda hay menos “racismo”. Otros aspectos que le hacen apreciar su experiencia migratoria son el hecho de haber conseguido un trabajo remunerado,

sentir que puede valerse por sí misma y ganar más que su esposo, quien hace música en la calle junto a su grupo folclórico. Esto dice al respecto:

Ahora sí siento que gano y tengo mi propio dinero y puedo hacer lo que yo quiero. [...] Antes siempre tenía miedo. Él [su esposo] me entregaba el dinero, pero yo no podía gastar así como así [...]. Pero ahora no tengo miedo: mando [dinero] a mi hija, mando a mis padres, pero antes no [...]. Me siento bien porque puedo ayudar a mi familia.

Un “estado de *betwen-ness*”

Frente a una situación cambiante, inestable y paradójica, que combina oportunidades y restricciones al mismo tiempo, resulta muy difícil tomar una decisión clara y definitiva entre quedarse en Holanda o regresar a Ecuador. Por ello, los planes de los y las migrantes a futuro, son bastante ambiguos.

De hecho, los y las migrantes construyen sus planes, sueños, sentimientos y hasta sus identidades en relación con varios lugares al mismo tiempo. Así, tienen a su familia dividida entre Ecuador y Holanda, y mantienen fuertes lazos con Ecuador y “lo ecuatoriano” (gente, comida, fiestas, etc.) a través de sus redes migratorias (en Ecuador y Holanda), pero a través de estas mismas redes acceden y se relacionan con la sociedad receptora.

Debido a esta compleja realidad, no es posible describir en forma simplista ni utilizar dicotomías, como integración/exclusión, cuando se habla de la situación de los/as migrantes en las sociedades receptoras¹⁰. Más bien, se podría describir la realidad de estas personas como un “estado de *between-ness*”, en palabras de Homi Bhabha (citado en Lawson 2000: 174), porque construyen y reconstruyen sus

10 Burger y Engbersen (1996) hablan de una “integración informal” cuando se refieren a migrantes indocumentado/as.

vidas e identidades en relación con múltiples lugares y referentes al mismo tiempo. El caso de Sara (34) evidencia esta situación.

Sara es una migrante pionera y vive en Amsterdam 12 años, aunque hace poco compró una casa cerca de Quito, porque dice que quiere vivir en Ecuador. Sara es bailarina y llegó a Holanda a participar en un festival de danza tradicional, cuando tenía 23 años y era soltera; desde ahí se quedó en Europa y empezó a traer a su familia. Hoy tiene nacionalidad holandesa, un esposo chileno, un hijo holandés y dirige un grupo de danza folclórica, compuesto exclusivamente por migrantes ecuatorianos/as. En la entrevista con Sara, pregunté, algo sorprendida, sobre cómo hace para combinar tantas expresiones y referentes culturales. Ella me respondió muy tranquila que “eso es cuestión de vivir cada día”.

Estoy informada de lo que pasa en Holanda porque eso es necesario, porque vivo aquí y tengo que saber lo que pasa a mi alrededor [...], pero no me siento holandesa porque ni el idioma hablo bien. [...] Este es mi segundo país [...], pero no me puedo sentir holandesa.

Sara dice que se siente ecuatoriana. Entonces intento averiguar cómo es sentirse ecuatoriana en Holanda, y ella responde que “una nunca deja de ser ecuatoriana” y que ser holandesa es sólo una cuestión de papeles.

Yo me siento ecuatoriana porque tengo las costumbres de allá [Ecuador], porque a pesar de vivir aquí [Holanda] mantengo mis costumbres, el idioma, la comida. Nosotros comemos tres veces al día, cocinamos sopa, segundo, preparamos nuestras cosas. No tenemos los horarios de acá. [...] Mi hermana también cocina, hace yahuarlocro, cada semana algo [ecuatoriano] diferente.

Aunque muchos migrantes aseguren que su identidad es innata, firme e inamovible, sus discursos y su vida misma muestran que sus

identidades son bastante fluidas, mientras que sus sentimientos de pertenencia y deseos a futuro son ambiguos. Sara dice firmemente que su sueño es regresar a Ecuador a vivir y trabajar, porque considera que en Ecuador hay más tranquilidad, mientras que la vida en Holanda es demasiado acelerada. Pero luego Sara explica cuál sería su situación ideal. Una situación que evidencia que los/as migrantes viven entre dos mundos, con un pie aquí y otro allá.

Me gustaría vivir aquí [Holanda] los meses de verano y en invierno volverme a Ecuador. Ese sería mi sueño, porque tampoco quisiera abandonar todo lo que tengo aquí. Ya hay muchas cosas que me atan acá. Es como un imán. [...] La gente que he conocido [...] Las cosas que estoy recibiendo del país [...]. Las facilidades que hay aquí de obtener cosas. [...] Quisiera que mi hijo crezca en Ecuador, pero quisiera que estudie la universidad aquí en Holanda.

Algunas conclusiones breves

Resulta difícil marcar una división clara entre “migración voluntaria” y “migración forzada”. Generalmente, la decisión de migrar combina motivaciones e iniciativas personales, como la necesidad de “realizarse” o “conocer otros mundos”, con condiciones políticas, sociales y económicas que “empujan” a la gente a salir de su país de origen. En este artículo, he intentado mostrar la combinación de estos elementos, para evidenciar que las experiencias de los/as migrantes son diversas e incluyen oportunidades y restricciones al mismo tiempo.

Más que analizar la manera en que la sociedad holandesa recibe, acoge o excluye a los y las migrantes ecuatorianos, he intentado en este artículo, proponer una mirada hacia dentro y mostrar las diversas maneras en que la sociedad ecuatoriana excluye a un grupo grande de la población, y no sólo en términos

laborales y económicos sino también por su género, etnicidad u orientación sexual, y evidenciar cómo estas diversas formas de exclusión e impedimentos para la realización personal de mujeres, indígenas u homosexuales pueden convertirse en motivaciones para salir del país. Con esto he querido mostrar que existe una estrecha relación entre migración y exclusión social.

Al mismo tiempo, en mi investigación en Holanda encontré que la experiencia migratoria ha brindado a muchas/os migrantes una oportunidad para negociar (no necesariamente trascender) las fronteras de clase, etnia o género. Así, las rígidas jerarquías sociales que existen en Ecuador (entre hombres y mujeres, indígenas y mestizos, homosexuales y heterosexuales) se reproducen en el contexto holandés, pero al mismo tiempo, y bajo ciertas circunstancias, estas divisiones pueden alterarse. Esta situación ha sido calificada como positiva por mujeres migrantes que, por primera vez, tienen iguales o mejores oportunidades de conseguir trabajo que sus parejas y maridos, o indígenas que sienten iguales ventajas y desventajas que los/as mestizos/as, cosa que no sucede en Ecuador.

En este contexto, es importante pensar en políticas más transparentes y realistas frente al tema de la migración, que no homogeneicen las diversas realidades migratorias y reconozcan la existencia de una migración irregular, restringida y censurada por un lado, pero necesaria y tolerada, por otro. Así mismo, estas políticas no deben reducirse a leyes y controles migratorios o fronterizos, sino además a lo que Mármora (1990: 6) traduce como el “derecho a no migrar”, es decir, a la necesidad de implementar y sostener políticas económicas y sociales que permitan que las personas se desarrollen en forma digna -en cuanto a opciones laborales y salarios justos, pero también en cuanto a respeto e igualdad de oportunidades- en su país de origen.

Bibliografía

- Anderson, Bridget, 1999, “Overseas domestic workers in the European Union”, en Janet Momsen, (ed.), *Gender, migration and domestic service*, Routledge, London.
- Blankenburg, Erhard y Freek Bruinsman, 1994, *Dutch legal culture*, Kluwer Law and Taxation Publishers.
- Burgers, Jack y Godfried Engbersen, 1994, “Globalisation, Migration and Undocumented Imigrants”, en *New Community*, 22 (4), p. 619-635.
- Buijs, Gina (ed.), 1996, *Migrant women: crossing boundaries, changing identities*, Berg Publishers, Oxford.
- Chant, Silvia (ed.), 1992, *Gender and migration in developing countries*, Belhaven Press, London.
- Chavira-Prado, Alicia, 1992, “Work, Health and the Family: Gender Structure and women’s status in an undocumented migrant population”, en *Human Organization* 51, p. 53-64.
- Grasmuck, Sherri y Patricia Pessar, 1991, *Between Two Islands: Dominican International Migration*, University of California Press, Berkeley.
- Halfacree, Keith y Paul Boyle, 1994, “The challenge facing the migration research: the case of the biographical approach”, en *Progress in Human Geography*, 17, p. 333-348.
- Lawson, Victoria, 1999, “Questions of Migration and Belonging: Understanding of Migration under Neoliberalism in Ecuador”, en *Journal of Population Geography* 5, p. 261-276.
- , 2000, “Arguments within Geographies of Movement: The theoretical Potential of Migrants’ Stories”, en *Progress in Human Geography*, 24 (2), p. 173-189.
- Mármora, Lelio, 1990, “Derechos humanos y políticas migratorias”, en *Revista de la OIM sobre Migraciones en América Latina*, 8 (2/3), www.oim.web.cl/
- Momsen, Janet (ed.), 1999, *Gender, Migration and Domestic Service*, Routledge, London.
- Radcliffe, 1996, “Gendered Nations: nostalgia, development and territory in Ecuador”, en *Gender, Place and Culture* 3 (1): 5-21